

Cuando las montañas bailan

Relatos de la Tierra íntima

OLIVIER REMAUD

TRADUCCIÓN DE
INÉS CLAVERO HERNÁNDEZ

POSFACIO DE VALENTINE GOBY



Título original:
Quand les montagnes dansent. Récits de la terre intime

Primera edición: marzo 2024

© Actes Sud, 2023
All rights reserved

© 2024 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2024 de la traducción: Inés Clavero Hernández

Diseño de cubierta: Raúl Fernández

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-43-6

Impreso en España

Depósito legal: M-212-2024

Para crear un nuevo mundo hay que partir de uno antiguo, no cabe duda. Para encontrar un mundo, quizá haya que haber perdido otro. Quizá haya que estar perdida. El baile de la renovación, el mismo que creó el mundo, siempre se ha bailado aquí, al filo de las cosas, en el borde, en una orilla brumosa.

URSULA K. LE GUIN
Dancing at the Edge of the World (1989)

Cuando las montañas bailan

Lo recuerdo como se recuerda el agua clara.

Primero, una caja de cartón en la entrada de casa de mis padres. Ya la había visto antes, en el sótano, junto a más cajas, entre tarros de mermelada, conservas y las tumbonas del jardín, pero nunca en medio del recibidor. Aquel día había algo raro, un movimiento, un ligero temblor. Las solapas superiores estaban medio cerradas y los dos orificios laterales eran demasiado estrechos para atisbar el interior. Solo se oía una respiración, un aliento discreto, quizá incluso unos susurros. Un cuerpo se estremecía, confinado entre las paredes de su casa de papel.

Mi madre la abrió. Había una bola de pelo color canela acurrucada al fondo. Empezó a asomar una cara despeñada, unos ojos como platos, un cuerpo nervudo que se estiró poco a poco despidiendo reflejos rubios dignos de un sol de otoño. Estábamos los cuatro inclinados sobre la caja abierta de par en par, con la sonrisa en la boca, embelesados. Era un acontecimiento para la familia. Él debió de pensar que le había llegado la hora. Probablemente le sorprendió que su existencia terminara tan pronto. Una jauría feroz iba a devorarlo, tenía miedo.

Así que era eso lo que nadie me había contado. Hay ciertos silencios y ciertas sonrisas que los niños adivinan. Que entienden mejor que cualquier frase. Basta un gesto en la mirada. No hay vocabulario que tenga ese poder.

Salió de la caja de un brinco y enfiló el pasillo a la carrera, como un diablillo de pelaje incandescente, pero la puerta del baño bloqueaba el paso al otro extremo. Atrapado en un callejón sin salida, dobló a la izquierda derrapando sobre las baldosas

y huyó al cuarto más cercano. El aroma de la moqueta debió de seducirlo, la mezcla de olores misteriosos puso en marcha el dia-porama de su memoria atávica y por su cerebro empezaron a des-filar a toda velocidad imágenes de herbazales y pastos de altura. Acababa de encontrarse una guarida. Mi habitación.

Mis padres, mi hermano y yo nos miramos. Un quinto miembro de la familia, que no era ni una hermanita ni un hermanito, aparecía con sus propias historias, emociones y expectativas. Ese animal alborotado del que lo desconocía todo me atraía. Aunque estaba desconcertado, quería verlo más de cerca, quería tocarlo. Me lancé a su encuentro trotando de impaciencia.

No me llevó mucho tiempo. Estaba debajo de mi cama, como un murciélago en su cueva, al amparo de aquel trocito de penumbra. Nuestro primer cara a cara fue de naturaleza espeleológica: él agarrado a las patas de madera, arrinconado al fondo, pegado a la pared, yo sobre el armazón metálico del somier, con la nariz entre ácaros, hebras y pelusas.

Yo tendría cinco años, por lo menos, y él, como mucho, tres meses. En realidad, ambos estábamos en los comienzos. Un fuz-gaz intercambio de miradas, unos gañidos tímidos, un latido de vida salvaje. Le tendí la mano, me la olfateó y empezó a lamerme la palma con babosa profusión. Quedaba sellada una amistad, un juramento mudo, una alianza para toda la vida.

Aquel pequeño pastor de los Pirineos no tardó en convertirse en mi mejor amigo. Jamás rehuyó un pensamiento, siempre aceptó mis palabras con una mirada dulce. Con el paso del tiempo fui confiándole todo: mis alegrías de niño, mis dudas de adolescente, mis anhelos de ser humano. Se llamaba Iriou du Ic, un nombre que dejaba adivinar la región de su pedigrí, pero enseguida se lo cambiamos a Youyou. Crecía a pasos agigantados.

Su pelaje iba adquiriendo vigor, sus músculos ganaban fuerza y su silueta, elegancia. Era bello.

Vivíamos junto a un bosque de troncos enmarañados del que nos separaba una pista sin asfaltar. En cuanto volvía del colegio, me iba al bosque con Youyou. Conforme pasaban los días, aprendimos a orientarnos mejor en el laberinto de sus senderos tortuosos. Uno de ellos conducía a un pequeño claro bañado por una suave luz. En aquel paraíso rodeado de zarzas y arbustos, nos inventábamos vidas nuevas.

Solía jugar al juego del «barón rampante». Como el joven Cosimo de la novela epónima de Italo Calvino sobre la Ilustración, me encaramaba a los robles y construía cabañas en las alturas. Después de localizar el tronco idóneo, subía los tablones que me llevaba de casa. Los encajaba entre las ramas más grandes para tener una plataforma estable sin dañar la corteza con clavos. Luego, con un viejo cordel, ataba las ramitas que encontraba por el suelo y armaba un cuadrado que dejaba pasar la luz. Sin ventanas, sin armazón, una simple techumbre de celosía. Allí arriba, entre las copas, esperaba la caída de la noche. Las hojas susurraban y los cárabos desfilaban. Abajo, las ranas se congregaban para cantar, los carboneros husmeaban entre la hierba en busca de arañas u hormigas y los tejones excavaban los conductos de sus madrigueras sacando la tierra con las patas traseras.

La posición sobreelevada tiene muchas ventajas. Satisface la necesidad de horizonte y aguza la vista: «quien quiere mirar bien la tierra debe mantenerse a la distancia necesaria», escribió Calvino. Cosimo se niega a vivir confinado entre las paredes de su bella y suntuosa morada. Encaramado a los árboles, abandona

sus prejuicios de barón. Ayuda a los campesinos que abren los surcos diciéndoles si las líneas están rectas, les informa de la madurez de los tomates de los campos aledaños, hasta inventa un mecanismo de riego y evita un incendio en el bosque. Van pasando los años y Cosimo ama, reflexiona y aconseja a los más grandes de este mundo desde sauces, fresnos y encinas. Con él, la Ilustración se vuelve arbórea y aérea. Pero Cosimo no quiere bajar de los árboles nunca más. Llegado al fin de su vida, se niega a que lo entierren. Se agarra al ancla de un globo aerostático que pasa por encima y se aleja por los aires para no regresar jamás. Lo más probable es que acabara cayendo al mar. De tanto querer elevarse, acaba ahogándose.¹

Para mí, trepar a las copas de los árboles era un juego, no un destino. En aquellas cabañas suspendidas, conversaba con el viento y las nubes. Escrutaba la fauna de las ramas y me divertía descifrando los sonidos que inmortalizan el crepúsculo. Me sentía liviano, tan libre de preocupaciones como una gota de rocío. Pero Youyou no podía acompañarme. A su pesar, permanecía remiso al pie de los árboles, montando guardia. Por nada del mundo lo habría dejado ahí solo demasiado tiempo. Al cabo de unas horas, me deslizaba tronco abajo para estrecharlo entre mis brazos. Ver la tierra de cerca es todavía mejor.

Aquel bosque de Touraine era mágico. Youyou y yo éramos como dos habitantes de una selva tropical que hablaban con tucanes, jaguares, pitones y nubes de mariposas azules. Remontábamos ríos de nombres inventados a bordo de largas piraguas para alcanzar una divisoria de aguas donde habían de sucedernos

¹ Italo Calvino (1957), *Il barone rampante*, Turín: Einaudi [(2002), *El barón rampante*, trad. de Esther Benítez, Madrid: Siruela].

hazañas extraordinarias. A veces, cambiábamos de latitud y poníamos rumbo a los hielos, al Gran Norte, para deslizarnos por la banquisa en trineo soñando despiertos. Validábamos todas nuestras aventuras tomando como testigo al primer gorrión que revoloteaba ante nuestros ojos.

A nuestro alrededor, la enmarañada arboleda ocultaba misterios. Entre mis amigos y amigas, también entre la gente del pueblo, se decía que una vieja carroza con aires de galeón hundido yacía en el fondo de una laguna. El pecio ancestral acogía a los seres que llegaban a él engullidos por las arenas movedizas de la zona. La gente desaparecía, circulaban turbias historias de miedo. Pasábamos de largo en bicicleta con un escalofrío y pedaleábamos un poco más rápido, pero nunca ocurría nada.

Entre mi madre y yo nos ocupábamos del cuidado de Youyou. Cuando volvíamos de hacer la compra, nos recibía con brincos y ladridos de alegría. Una vez comía carne cruda y otras, unos patés preparados que yo probaba previamente como el catador personal de Cleopatra: con escrupulosidad. Sentado sobre los cuartos traseros, con el morro apuntando hacia arriba, Youyou esperaba el veredicto de mi boca. Yo arrugaba la nariz, consciente de que mis muecas le hacían reír, aunque tampoco era cuestión de torturarlo. En esos momentos tenía tanta hambre que ladraba meneando el rabo, en una mezcla de impaciencia y felicidad anticipadas. Me interrogaba con la mirada: ¿estará tan bueno como la última vez? Después, en cuanto la escudilla tocaba el suelo, hundía la cabeza en ella y la hacía girar como una peonza enloquecida. Devoraba sin masticar y engullía haciendo chocar los colmillos contra el comedero. El ágape era breve. Y nosotros

recogíamos un cuenco vacío y relamido que casi podríamos haber guardado de nuevo en la alacena.

El cuerpo de Youyou era fino. Tenía músculos largos y un manto de pelo protector, más espeso en invierno que en verano, que lo envolvía como el mejor de los aislantes. Su abundante pelaje requería cuidados frecuentes y varias veces a la semana le pasaba un cepillo metálico para desenredárselo y otro de púas suaves para darle lustre. Una vez quise usarlos en mi cabeza y estuve a punto de desollarme el cuero cabelludo. No teníamos la misma pelambrera.

El ejercicio de cepillado requería grandes dosis de paciencia. La operación se realizaba al final del día, duraba una media hora y yo la ejecutaba con la dedicación de un profesional. Después de peinar, tocaba desparasitar. Le estiraba las extremidades en busca de las garrapatas que traía del bosque húmedo. Con una serenidad olímpica y un cuerpo completamente elástico, se entregaba y me dejaba hacer. No ignoraba que las garrapatas resistían sus lametazos y sus arañazos, ni tampoco que esos parásitos podían acarrear consecuencias graves para su organismo. Cuando daba con una, a veces varias, ocultas entre los pliegues de la piel, se la quitaba con alcohol de noventa grados y unas pinzas de depilar. Me sumergía, lupa en mano, en el universo de los ácaros arácnidos poniendo siempre cuidado en no dejar nada bajo la piel, fascinado con el cambio de volumen de su abdomen cuando estaba henchido de la sangre de su víctima. Y las hileras de dientes que les ayudan a aferrarse a la epidermis me intrigaban aún más. Las sesiones de peluquería me abrían las puertas de una infinidad de pequeños mundos ocultos.

Aprovechaba aquellos momentos de relajación para frotarle los dientes con un cuarto de limón. En cuanto Youyou detectaba

el olor de la pulpa, salía bruscamente de su letargo y se rebelaba. Librábamos entonces un combate encarnizado: mis frágiles manos contra su poderosa mandíbula. Odiaba el limón. Siempre conseguía zafarse, me atrapaba los dedos y me los apretaba entre sus colmillos. Nunca me mordió. Lo más probable es que quisiera hacerme entender que sus caninos eran inalterables y se burlaban del paso del tiempo. Pero ¿acaso no nos habían asegurado que las vitaminas del cítrico serían beneficiosas para la salud de su dentición de carnívoro? Para el niño que yo era, el consejo del veterinario se adecuaba a la situación de Youyou: mi perro no tenía cepillo de dientes. Yo ya había intentado prestarle el mío cargado hasta arriba de dentífrico. Nunca tuve éxito.

Día tras día, lo observaba. Cuando me olisqueaba, yo lo olisqueaba a él. Cuando me daba golpecitos con el morro en la cara, me quitaba las gafas para facilitarle la tarea y le imitaba. Quería sintonizar con él, ser como él, fundirme en él.

Fueron pasando los años. Empezamos a escuchar música juntos. Los vinilos y las cintas de casete grabadas se acumulaban. Alternaba entre la *new wave* y el rock: The Doors, Pink Floyd, The Cure, Siouxsie and the Banshees, Kate Bush, Dire Straits y un largo etcétera. Youyou y yo aprendíamos inglés canturreando los estribillos en bucle. Al ritmo de los compases de la batería y los *slides* de la guitarra eléctrica, Youyou erguía las orejas y meneaba el rabo con un brillo en los ojos.

Contagiado por la pasión cinéfila, me fijaba mucho en las bandas sonoras. Por aquel entonces, los cines Studio de Tours, situados en el barrio de la catedral frente al Conservatorio, solo tenían cuatro salas. Recuerdo el día que vi *2001. Una odisea en el espacio*,

de Stanley Kubrick, una obra de imágenes icónicas: el ballet de astronaves en el vacío sideral, el bolígrafo flotando en un pasillo ingrávido, la épica carrera en el corazón de una estación pivoteante, HAL, aquel ordenador servicial que se vuelve un temible enemigo y, cómo no, el monolito de materia negra erigido en el desierto en los albores de la humanidad sobre la Tierra que reaparece en una base lunar habitada. Al acercarse a Júpiter, el astronauta David Bowman, único superviviente de la tripulación, sufre alucinaciones dignas del último viaje del alma en *El libro tibetano de los muertos*. Los últimos minutos, la pantalla se convierte en un estroboscopio gigante, rayado por coloridos haces de luz. El psicodélico final de la película de Kubrick absorbió a todos los espectadores de la sala. Fue impresionante.

Mis padres habían comprado la cinta. Las teclas de nuestro viejo casete estaban cansadas. Había que apretarlas con fuerza, pero despedían sonidos honorables. A Youyou le intrigaban los compases largos y majestuosos de *Así habló Zaratustra* que abren la película. Le entusiasmaban las melodías encantadas de *El Danubio azul*, especialmente mientras lo cepillaba de la cabeza a los pies. En cambio, las ansiosas atmósferas de György Ligeti le angustiaban un poco. Prefería a todas luces los vales vieneses de Johann Strauss. Nos quedábamos tumbados en la moqueta de mi cuarto, inmóviles, con los ojos cerrados, cuerpo contra cuerpo, en una serenidad insólita. Las notas bailaban en nuestra cabeza. Nos gustaba repetir esos momentos.

Nuestra casa tenía un modesto jardín. Nos divertíamos jugando con pelotas y trozos de madera que yo lanzaba en todas direcciones y Youyou corría a buscar hasta los rincones más inverosímiles.